SUSANA Y LA DISTANCIA

Ediciones
La Parte
Maldita



HEKATHERINA DELGADO

Susana y la distancia

Hekatherina Delgado

Delgado, Hekatherina
Susana y la distancia. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones La Parte Maldita, 2013.
90 p.; 16x12 cm.

ISBN 978-987-29869-1-9

1. Literatura Uruguaya. I. Título
CDD U860

Diseño de tapa: Giodi Zupin
Diagramación interior: Ed. La Parte Maldita.

Bolivia 269, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

www.edlapartemaldita.com.ar
edlapartemaldita@gmail.com

Primera edición, octubre 2013.



Susana y la distancia

“How happy is the blameless vestal’s lot!
The world forgetting, by the world forgot.
Eternal sunshine of the spotless mind!
Each pray’r accepted, and each wish resign’d”

Alexander Pope
(1688-1744)

Advertencia

Susana no sabe escribir, quiere ser feliz. Estas líneas recogen los pensamientos de Susana al momento de enfrentarse ante el problema de la distancia existente entre los seres humanos.

distancia

aquella estupidez que los seres humanos
no saben enfrentar.

Día uno.

En el ómnibus estoy sola. La pequeña luz que me permite escribir deviene un sol de película de ciencia ficción barata. Tengo un pequeño dormitorio móvil detenido en los años ochenta. Me encanta. Tengo almohada, me cubro, falta el café. Hoy es mi segundo festejo de cumpleaños, este año festejaré tres veces. Pedro negó a Jesús tres veces, negaré el paso del tiempo tres veces tratando de reivindicar que he crecido, narcisismo que me permite seguir viva. Está terminando la jornada, voy de retorno, el celular suena repetidas veces. Mis amigos celebran el encuentro. Me emociona el encuentro. Afuera llueve. Adentro está seco y hace calor. Todo está oscuro excepto mi sol privado. Viajar cansa pero lo disfruto demasiado. Estoy por llegar, tengo un poco de sueño. Bostezo, estiro mis piernas, bostezo. Hay que prepararse, en

un rato estaré con amigos, música, chistes y recuerdos. Hay que disfrutarse.

Día dos.

Tengo una actitud muy particular cuando viajo a mi pueblo. Llegar es espléndido, regresar nostálgico. La semana tiene siete días. Me gustaría disfrutar cuatro días del otro lado del río y tres días en el gris montevideano. Sería lindo. Me esperan. Odio estar encerrada en la oficina. Tengo una actitud particular cuando viajo a mi pueblo, necesariamente me pienso.

Día tres.

Verde, el campo resplandece verde. Las vacas no son siempre iguales. Respiran azul, emigran en pie en un barco blue. El sol hace recordar que estoy volviendo, transporta el desencuentro. Me quedo en off. El pensamiento se dilata, salen palabras. Me tiro al piso, siento la tierra, mis manos están a la espera. Respiro.

Día cuatro.

Volver a mi pueblo es como nunca irme. Terminar la jornada y saber que tengo que volver es una suerte de deceso. Las cortinas naranja del ómnibus me sofocan. Prenden la calefacción. La persona que está en el asiento contiguo mira una película en una tablet y yo uso lápiz, papel y goma. Las palmeras de la ruta parece que tienen frío. Me gustan mucho las vacas, nunca sabré por qué. El campo es tan limpio, cada día me seduce más su nitidez. El campo es lindo. Cuando las ventanas empiezan a empañarse es porque nos hemos aislado. Las voces del pasillo se escuchan difusas. Creo que necesito vivir en movimiento. Ver la foto de la vaca no es lo mismo que poder tocarla. La tira de imágenes es verde de movimiento, profundidad y oscuro. Se hizo de noche. Ese oscuro que permite estar alerta. Me gusta la noche. Demasiadas

gotas de agua en el pizarrón de mi ventana. La persona que está a mi lado sigue mirando la película y yo tengo ganas de dibujar. Acaba de sonar mi celular, no sos vos. Me sonrío, me gustó la llamada. Me percato que estoy encontrándome en otra persona. No tengo nada más que explicar.

Día cinco.

La luna sale tan temprano en el campo que hace notar la ausencia. La tapera recuerda el exceso. ¿Si fuera solamente un puente? ¿Si no pusiera en jaque lo que creo? ¿Si necesito volver a mirarte? Hoy vida, mañana teatro y sueño. La ciudad oprime. La tendencia separa. Tratando de encontrar sentido a las flores de papel discutimos una forma de ahorrarnos la muerte.

Día seis.

Desafía el camino la ruta más salvaje. Necesita quedarse, saber que intenta, saber que no espera. Quiere respeto, necesita silencio. Peaje-desembarque. Migajas de asfalto seducen la alfombra. No saben de estilos, tampoco de pompas. Siempre fantaseo que una vaca me saluda. Necesito creer. Me inclino hacia la izquierda, necesito inclinarme hacia la izquierda. Mi árbol necesita cambios. El brote pide agua. La maquina se detiene. Adiós trabajo.

Día siete.

En un barco es imposible dormir. La territorialidad se desvanece. En un barco no puedo dejar de escribir, es como si necesitara morirme, que alguien encuentre aquello que pasaba por mi mente en esos segundos, simplemente no desaparecer. La desaparición da miedo y el que desaparece no habla, el que hace desaparecer habilita una narrativa para personajes mudos, el público es quien los hace hablar. Soy paria, el paria no grita.

Día ocho.

El carro fúnebre transporta un muerto descontento. Mi almohada hundida queriendo escaparse. Flores de plástico decoran la escuela. Mi hermana se lanza desde la ventana. Hecho. Prefiero omitir estos recuerdos. Agradezco no ser una persona honesta, sería demasiado hostil decir todo lo que se me cruza por la mente. Imágenes cálidas perfuman mi nido. El lenguaje de señas encuentra un manuscrito. Genero una forma de codificar tu lenguaje. Estrecho mis muslos. Cabalgo en silencio. Respiro y bebo.

Día nueve.

Entre tanta persona tarada acabo de encontrar una señora viejita y humilde, de la edad de mi abuela. El contraste abismal entre la ansiedad obtusa del embarque de las taradas y la espera tambaleante de la señora, hace que mi mirada no deje de observarla. Su mirada, extrañada del bullicio, del despliegue de un puerto frío y vacuo, hace que ambas estemos conectadas desde algún pensamiento perdido. Mientras tanto, mi abuela duerme, con su asumida solución ante la posibilidad de viajar: no puedo, estoy muy vieja. Un funcionario portuario habla a los pasajeros sobre reivindicaciones de su gremio. Las taradas miran para otro lado. La anciana se acerca. Sigo ensimismada en mi escritura queriendo que, por un momento, la solidaridad de clase no haga que deje de pasar desapercibida entre el tumulto. Me alejo de las taradas. El

funcionario se acerca, tengo automatizada mi mirada de apoyo, no sé escaparle a la clase. La anciana toma un celular y empieza a hablar. La señora nada tiene que ver con mi abuela. Ante la posibilidad de incorporar tecnología a su vida responde: no puedo, estoy muy vieja. Sin embargo, ambas hablan bajito pensando que nadie las escucha. Es evidente que detesto esta espera, ante el aburrimiento apelo a mi libreta y desaparezco. Cruzo miradas con la anciana. Ella me mira sin comprender por qué estoy sentada en el piso y yo siento la desaprobación de mi abuela: levantáte de ahí, te vas a ensuciar y enfermar.

Día diez.

Ayer miré una película mientras viajaba. Era muy interesante. De todas formas, me pareció improductiva. Fue como si la potencia del viaje, de la reflexión en torno al día, de la lectura de los dedos, se hubiera paralizado, detenido o esfumado. El cine es en soledad o para compartirlo, pero no para viajar. Desvanecí el encanto del paisaje y la tinta por la comodidad de la mirada. Hoy toca puerto. No delibero demasiado ante la posibilidad de acariciar la lapicera. Acaban de llamar a embarque.

Día once.

Desde un barco que se evapora en la noche. Desde que en la despedida nunca puedo mirar hacia atrás. De subir, de bajar. Del dorado de un barco que devino kitsch y me aburre. Desde tu sms desde el bondi. Tuve que sentarme a escribir porque no puedo caminar y la cubierta expone el movimiento. Pensando en una ciudad que no quiero dejar. Me cuesta respirar. La tinta describiendo la letra permite el refugio, el descanso. La página de un diario no debería escribirse de ambos lados. La lágrima cae y hace cosquillas. Estoy triste. Tengo una única certeza: necesito volver. Ninguna pantalla es mejor que un perfume, que la piel de la cintura, que enredarse en otras piernas. ¿Por qué me gustan las cosas complicadas? Un amante me dijo una vez que las cosas complejas son para quienes creen ser capaces de resolverlas. Hace tiempo

que dejó de ser amante y se ha vuelto un gran amigo. El barco está detenido y siento que voy a asfixiarme. Un trasbordador que no lleva a ningún lado. Un reloj que pide en silencio alguna secuencia. La sonrisa que salía desde la punta de mis dedos se vuelve negra. El rostro se resquebraja en cien mil pedazos y el minuto se hace denso. La cartelería barata me parece infame y duele mucho la cabeza. Trato de verte y escucho una voz diciendo que tome un analgésico. No sé si te extraño.

Día doce.

Estoy tratando de ordenarme. Estoy dejándome disfrutar. Estoy viendo el cerro, las luces de las casas. Estoy en un puerto, no necesito más que una mirada. Encendieron la luz, los extraños caminan por el pasillo. El vehículo se detuvo. Las personas descienden. Vuelve a moverse. Las luces de la carretera son cálidas, me gustan, son nostálgicas. De lejos, los ómnibus parecen gusanitos psicodélicos. Una ametralladora de luces llena la carretera. Accediendo a la ciudad. Las pintadas en los muros saludan amigas. Estoy queriendo decir que voy a llegar.

Día trece.

Viaje largo. Cuando un barco zarpa la ciudad que se aleja en el oscuro es demasiado pequeñita. El cielo y el río se funden en un negro intenso que traga toda cultura. La tecnología es el transporte, el ser humano se convierte en un insecto de alas partidas. En su soledad flota entre mundos, nadie presta atención a las instrucciones del chaleco salvavidas, nadie quiere saber qué hacer.

Día catorce.

Tarde de documentales y tos. La voz se afea cuando no encuentra oyente. Elucubraciones metafísicas mientras me levanto a abrir la puerta al médico. Odio a los médicos. Usted está enferma. Sigo con tos. Vuelvo a sumergirme en el paroxismo de la filosofía virtual. Alguien me mira desde una pequeña camarita que me encierra y quedo atrapada entre sueños. Hace chistes y me río. Reímos. Apago la computadora. Lo virtual no es real. Elijo la vuelta de mi tos.

Día quince.

Las hojas se imprimen de ambos lados para ahorrar papel. Inquietantemente lúcida, trasmito mi pensamiento desde un barco suspendido en el tiempo. La intensidad suspende el tiempo, no quiero anclas. Se diluye mi memoria en la lágrima del regreso, las personas no dejan de hablar y la azafata me molesta. Una pareja se sienta a mi lado con el único objetivo de obstruir la intimidad de mi retorno. Tengo ganas de verte. Mi vida transcurrió entre puertos, no conozco más destinos que aquellos en los que viví. Necesito el río. Un barco se convierte en un stop interminable. Parar. Pensar. Querer. Reír. Llorar. Volver. Cortar. Necesito conocer, acordarme de tu acento, sentirte en cada sabor distinto, caminar de la mano durante horas y no pensar.

Día dieciseis.

La humedad cierra los pulmones. Asma. La vida y la falta de aire. La niebla oprime el cerebro. El pueblo es demasiado verde aún en invierno. Me mantiene viva la inconsciencia. Sensible. Un cuerpo enmudecido en este segundo, una capitana que no sabe navegar. Me paralizo ante las violetas del presente. Mis manos se deshacen. El sonido me distrae. Estoy en instantes. Tu cuerpo recuerda ausencia, ruido barato, calle. Camino por cualquier lado, no importa la hora, siempre hay algún auto. La pobreza es disimulada por el movimiento, por el ruido. El anonimato es un refugio. No quiero prejuzgar. Necesito la pornografía de esta ciudad madre. Necesito caminar y la soberbia de una vedette que se convierta en padre. A veces desmentir es demasiado divertido.

Día diecisiete.

Acá estoy. Mi pueblo, mi refugio. El lugar más calmo del mundo.

Día dieciocho.

Territorialidad, poder. ¿Pensar que limita algo más que mi sombra? ¿Pensar que su luz me envuelve desnuda? Pensar el milagro y el destierro. Pensarme tu infierno. Describir tu ausencia, volverme apática. Comenzar de nuevo, estar desarmada. Descifrar tus ojos, encontrarme encerrada. Soltarte, liberarme.

Día diecinueve.

como el exilio, como Mantua
como la flor desaparece entre las espinas
de la noche
de tu ausencia, de la niebla
del dolor cristalino de mi esquina
de tu casa, de mi ventana
como el pájaro que señala que ya es de día
como el exilio, como Mantua

Día veinte.

A veces me levanto pensando en evitar el día. Solicito permiso al tiempo para que deje creer que esta vez el minuto será más que un silencio. Me levanto, recuerdo el instante en que me pierdo entre tus letras. Vestirse jamás es tarea sencilla. Me resisto una o dos veces antes de ir a mi usual entierro viviente en la oficina. Mantengo la calma hasta la salida. Camino y doblo a la esquina. Quiero volver a mi cama y disfrutarte hasta que me rinda.

Día veintiuno.

Tengo el pecho aburrido, la mirada se pierde entre las letras de un libro prestado. Quiero tener un perro y el miércoles dejaría de ser un día odiado. Extraño a mi hermano alado.

Día veintidós.

Mi pecho se trenza una enredadera de hojas que no escalan hacia ninguna parte. Un espacio de marfil que necesita un nombre para edificarse y al instante se desmantela. Mi espalda yace el enclave de la nota más profana y sucumbe la ternura de aquella palabra muda. A veces ya no sueña, camina solitaria. Un silencio, ya no sirve la cabalgata. A veces en el campo sueña, tiembla la mirada. A veces me despierto entre copas y paraguas.

Día veintitrés.

Una cicatriz en mi brazo derecho y su cabeza recién afeitada. Necesito ir de putas. Sueño besar muchísimas mujeres. Sueño besar muchísimos hombres. Despeinada, aturdida, entre el bostezo y el gemido, estoy tratando de respirar mejor. Toco el aire, toco el aire, toco el aire y no te toco. A veces extraño tanto que me duele todo el cuerpo, en ese momento recuerdo lo obsesivo, lo dependiente. ¿Por qué sostener algo que duele? Tiendo a elegir cosas demasiado complicadas.

Día veinticuatro.

Tengo miedo de mi misma aunque más miedo tengo a las demás personas. No quiero sufrir. Ya no sé de tos y de nenas, ya no es asma y no son muñecas. ¿Dónde está mi mamá?, ¿dónde está mi papá?, ¿dónde está mi hermano?, ¿dónde están las hermanas que no fueron?, ¿cuándo va a dejar de doler? Bastará la posibilidad de escuchar un no te quise, no te elegí, no supe cómo, no pude, no sé cómo, no me interesa, no sé quien sos, quiero conocerte, quiero saber de vos, no puedo quererte. No. No he podido aprender a perdonar algunas cosas. No basta ninguna respuesta, no cambiaría nada, pues no me interesa.

Día veinticinco.

Necesito tu nariz y cuando hablas de cosas nuevas. Necesito que estés cerca.

Día veintiséis.

No importa lo que digas. No interesa que te escondas. No increpa saber que mentís. No quiero verte. No quiero saber de tu vida. No quiero conformarme. El sólo hecho de racionalizar algo hace que haya perdido su sentido y me aburra.

Día veintisiete.

Te quiero. No hay más que agregar a un te quiero. Estás en mis letras. Estás en mi vida. Te has vuelto un odiado confidente. Un peligro latente. A la gente que sabe mucho, cuando deja de ser aliada, se convierte en enemiga y se la mata, se la borra de la mente. Celebro el incesto, me deshago del duelo, te quiero.

Día veintiocho.

He dirigido una orquesta. He editado un libro. He pintado un cuadro. He muerto de mil maneras. He recordado tu nombre. He llorado durante mucho tiempo. He soñado que te encuentro. Las contorsiones de mi vientre se complacen en presentar una nube dorada de penas. Revisito la negritud de mis estados cotidianos y te separo de aquello que cada día me permite menos lucidez. ¿No te encuentras en mi sonrisa más frívola? Esa forma de reaccionar riendo de manera cínica cada vez que estoy profundamente aterrada. He despertado de mil maneras. He descifrado la mirada de aquel que teme a la muerte. He traducido el suspiro de aquel que muere todas las mañanas. He temido tantas veces la ternura, que me da pavor volver a verte.

Día veintinueve.

La dificultad de escribir desde el amor. Se escribe desde la alegría y desde el desgarro. La dificultad de analizar el paso del tiempo y no pedirle explicación. La dificultad de mirar mis manos y verlas con las de otro. La dificultad de enfrentarme otra vez a la escritura. La dificultad de vencer la promesa del cuento. La dificultad de sentirse viva y transmitirlo sonriendo.

Día treinta.

De todas las categorías criticadas hasta el hartazgo. De todo aquello que he querido escribir y no he sabido cómo. De la riqueza de mis amistades complotando para cambiar el mundo. De esos académicos que leo para entender cómo funciona lo que desprecio. Del arte que me ha dado emociones para seguir viviendo. De todas esas personas que transmiten el sentido de creer. Toda esa representación extraña que nunca va a dar cuenta qué es lo que siento.

Día treinta y uno.

Aunque dude. Aunque tenga miedo. Aunque pelee. Aunque duela. Aunque siempre tengas razón. Aunque me aburra darte besos. Aunque necesite tu respiración. Aunque me levante y no estés conmigo. Te quiero.

Día treinta y dos.

Neurosis. Mi mano encaprichada en escribir lo que no logro comunicar de otra manera. Psicosis. Mi mirada encaprichada en tratar de concretar la imposibilidad de la memoria.

Día treinta y tres.

“sepa que la quiero mucho”. ¿y qué pasa si soy hedonista? ¿y cuál es el problema si tengo ganas de tocarte? ¿y qué sucede si me caliento de sólo pensarte?

Día treinta y tres.

Agonía de sentirme viva en la espalda de un amante distante. Entender que la suerte está en mi palma y en su mirada. Azul de efervescente primavera y las palabras, ese cúmulo de libros que nunca separan. Ese instante en que te di mis venas y muchísimos silencios de corcheas.

Día treinta y cuatro.

Cada lugar encuentra su historia en el instante en que comienza a ser habitado y apropiado por un sujeto. Peligro. He generado una respuesta automática y en serie de “no me gusta”. No me gusta la casa, no me gusta pasar tiempo con extraños, no me gustan las costumbres diferentes, no me gusta estar lejos de los que quiero, no me gusta que no me cuides, no me gusta que me mientas, no me gusta que no me conquistes, no me gusta que me trates como a una hermana adoptada, no te quiero más.

Día treinta y cinco.

La desconfianza es como una serpiente que se enreda en las venas y no deja respirar.

No logro perdonar, he tratado, pero no logro hacerlo. No perdono la estupidez ni la tragedia.

Me cansan las discusiones, me aburren las personas y siempre me siento sola porque me gusta estar sola. Claro que a todas las personas les gustaría ser felices, pero la falta y la incomodidad son inherentes a la condición humana. Hay un goce en la angustia, hay un goce en mi necesidad de alejarme de las personas, de aislarme, de no vincularme y sentirme extrañamente a salvo. A veces no me gusta crecer, tampoco me gusta el dolor, pero eso es estar viva. Siempre pensé que las personas deberían procurar ser felices, hacer algo con sus vidas, querer a otros y tratar de no estar so-

las. Siento que querés estar solo. Siempre estamos solos, lo mínimo que podemos hacer es tratar de sobrellevarlo con dignidad y prefiero retirarme a seguir sintiéndome sola. No tengo claro si me interesa este juego, si me cae mal por su excesivo cinismo o si soy incapaz de vincularme por una suerte de paranoia congénita.

Día treinta y seis.

Soñé con un abuelo que sólo vi una vez y con un padre que nunca conocí. He puesto rostros a los fantasmas. Hace demasiado tiempo que da vueltas por mi cabeza la posibilidad de tomar un café con un extraño y preguntarle ¿por qué? Aunque las razones no sean compartibles, aunque no alcance la respuesta, habría un relato concreto y no especulaciones eternas. Que exista un relato capaz de cerrar una herida original. De madre y padre huérfana, quizá explica la fobia a vincularme y el apego a cosas inimaginables. Quizá no soy capaz de vincularme, no por miedo al abandono, sino porque creo que no soy capaz de soportar el trabajo que implica, me da pereza y tengo miedo de lastimar a otros tanto como soy capaz de hacerlo a mí misma. Hoy estoy un poco cansada y no puedo exigirles a los demás lo mismo que a mí.

Día treinta y siete.

El pecado. Reescribo mis traumas. Intento entenderme, entenderte. El Otro me es hostil desde muy chica. Seis años, la hamaca en fondo de la casa, el patio grande y verde, muchos juegos de agua en el verano y siempre, por alguna razón, estaba triste. Ahora entiendo porqué. Siempre lo supe y quise negarlo por la lógica que reclama a las personas que sean humanas y no dioses. Estoy sola, voy a seguir sola y ninguna ficción va a cambiarlo. No tengo recuerdos jugando con mi madre, siempre jugaba sola. Con muñecas, con mascotas, compañeras de escuela, vecinos, en la playa, experimentando con insectos. Siempre sin mi madre. Entiendo que no lo padecí. La bicicleta fue la compañera de historias mágicas y las barbies eran quienes ayudaban a construir o cambiar el mundo de militancia infantil. Nunca dudé el abando-

no ni lo pensé demasiado porque siempre supe que nadie pensaba realmente en mí, que nadie, excepto mi abuela, me consideraba de verdad. Estoy orgullosa de llevar su nombre. Recuerdo que a los diez años iban a elegir a los reyes de la primavera en la escuela. De mi clase eligieron al que aún es uno de mis hermanos elegidos y a mí. Todas las reinas, de los distintos grados, tenían coronas que sus madres habían hecho con flores. Yo pensaba que quienes las criaban no eran originales. Mi madre me hizo una corona con moñitas, estrellas de varios colores, nunca le salía bien el bricollage pero tengo ese recuerdo, me aferro a él y me hace bien.

Día treinta y ocho.

He muerto. Desempolven mi tumba, empaquen mis atuendos menos desteñidos, enderecen el espejo y canten con voz de trino. Ayer he vuelto a morir. Las paredes de la casa se han convertido en un túnel sin descanso ni respiro. He venido desde lejos y ha muerto mi marido. He resucitado mujer. El recuerdo tratando de borrarse es el instante de reconstrucción de la memoria y encuentro del alivio.

Día treinta y nueve.

Quemar las naves. Burlar el abandono. Aniquilar el desapego. Zafar el extrañamiento. Pelearse con el argumento. Meterse al agua sin saber nadar. Doblar los límites del reflejo intransferible.

Día cuarenta.

Conmoción total y debilidad extrema. Encuentro obsceno y saltar a la deriva. Demasiado ruido y pocas palabras. Una mirada que ya no da respuestas. Descontrol o astucia automática. Demasiados pecados en una misma piel. Escalofríos en la valija, apagar la luz y salir corriendo. Terror y goce. Crueldad y paraíso. Risas y demonios. Duelo.

Día cuarenta y uno.

El oso y el león no paraban de pelear. No sabían qué decirse sin despertar el menor cariño el uno en el otro. El oso soñó que el león repensaría sus razones para crear el reino y tuvo miedo. El león tembló esperando que el oso no se enterara que tenía buenas razones para crear y compartir un reino. Lo único que deseaba era hacerle feliz y que fuera dichoso. El oso era sensato pero tenía demasiado miedo y desconfiaba del león. El león trató de explicarle que no le quería asustar y que usaba un disfraz de lobo como atuendo de superhéroe cuando temía a los truenos. El león corrió, se detuvo y pensó que ni las estrellas sabían cuáles eran las reglas para crear un nuevo reino, se recostó y se soñó riendo con el oso. Pasaron los días, cuando al fin se pusieron de acuerdo en cómo construir el reino, hubo una enorme tormenta y casi todo

fue devastado. Un búho, que pasaba por el lugar, miró de reojo, llamó al oso y le regaló una aguja con la que el león había bordado su nombre en la capa del disfraz de lobo.

Día cuarenta y dos.

En un reino muy lejano, casi tan lejano que había que cruzar un río inmensamente ancho para poder llegar a la comarca, vivía un sapito lector. El sapito era miedoso, excesivamente obsesionado con sus libros, creía que algún día podría encontrar su hogar entre las páginas de algún cuento mágico o en las letras de algún escritor irresponsable. Era también muy goloso pero tenía mucha pereza, se había vuelto adicto a comer mosquitas. Tanto fue así, que un día tuvo un dilema, se dio cuenta que no sabía si prefería disfrutar de servirse un plato de mosquitas en la comodidad de su casa, sumergirse tranquilamente en sus libros o dedicarse a comer mosquitas compulsivamente, dado que así lograría tener más energía y podría leer más rápido con menor esfuerzo. Un buen día llegó a la comarca una sapa muy, muy gorda. El

sapito la vio y se enamoró, pero la sapa comía aún más velozmente que él, no le gustaba demasiado leer y eso le produjo bastante miedo y rechazo. Comenzaron a conocerse yendo juntos al charco de vez en cuando. Un día el sapito quiso jugar a ver quién de los dos casaba más mosquitas, la sapa aceptó el reto, pero él se dio cuenta que ella era mucho más rápida, empezó a competir y le hizo trampa. La sapa se puso triste al descubrir lo sucedido, se aburrió y se fue de la comarca. El sapito se encerró a leer. El sapo nunca entendió muy bien qué era lo que había sucedido, qué había hecho mal para ofenderla de esa manera. Creyó que hacer trampa estaba mal pero que no era tan malo y, al mismo tiempo, sentía tanta culpa que llegó a pensar que no merecía el amor de la sapa y conquistarla le daba demasiada pereza y se convenció de dicha razón. La sapa es-

cribió una carta donde explicaba que ella tenía una forma muy particular de cazar mosquitas: era rápida no porque fuera más hábil que él, sino porque odiaba ver cómo les causaba dolor y, de hecho, le desagradaba estar gorda. Contaba que ella hubiera deseado no ganarle, pero de eso se trata un juego: de disfrutar sin importar el resultado y que en este caso, ella había querido llevar más mosquitas para compartirlas con él y poder disfrutar que le leyera alguno de esos cuentos que tanto le gustaban. La sapa le enseñaría a cazar mosquitas más rápido, el sapo leería cuanto quisiera y asunto solucionado. El sapo nunca respondió la carta y no volvieron a verse. Era demasiado perezoso para entender lo que le habían escrito. Un día el río se evaporó, aquellos márgenes inmensos que los separaban desaparecieron y la distancia entre ambos ya no existía. Entonces,

el sapo tuvo curiosidad de saber qué había sido de la vida de la sapa y se animó a ir a su encuentro. Llegó, golpeó la puerta y atendió una sapa muy delgada que tenía una casa llena de libros donde pasaba horas reposando tranquilamente. A su regreso, la sapa había decidido no volver a comer animales porque le causaba demasiado dolor y ahora leía sus propios cuentos a sus nuevas amigas, las mosquitas.

Día cuarenta y tres.

Mi propia sombra me condena. ¿Qué hacer, más que sostener lo que he reclamado? El fantasma de mis actos me persigue. Todo el mundo miente. Yo también mentí. Heme aquí, ante la ley, pidiendo clemencia. Quizá mi razón fue más honrosa. Quizá la violencia fue solapada. Quizá soy mi propia victimaria.

Día cuarenta y cuatro.

¿Y cuando me entere que te casaste o moriste? Me va a doler. Te convertiste en un recuerdo voluble de unos meses raros. Cuando uno decide que es mejor para su vida borrar a otra persona de parte de su existencia, es cuando se da cuenta que está haciendo un duelo.

Día cuarenta y cinco.

Se ha muerto mi apellido. Nunca pasó algo tan importante. No significas nada en comparación a este dolor. Hay cosas que duelen y ante esas cosas solo resta el aguantar el dolor y seguir.
¿Qué se hace después de un duelo? Se vive tratando de recordar lo mejor del muerto.
El muerto duele.

Día cuarenta y seis.

Diagnóstico. No cooperar. Salirse del molde. No encajar. Nunca ser digna. No tener compasión. No tener filtro. Negarme a ponerle nombre a las cosas. Entender el mecanismo. Manipular el mecanismo. Necesitar el dolor. Gozar doblegando a otros. Simular cooperación. Huir, evadir, prohibir. Chantajear al chantajista. Desnudar la comodidad y jugar con la mentira. Negar como respuesta. Evadir como estrategia. Buscar constantes pruebas de algo inexistente o inexplicable. Que no importe nada ni nadie. La culpa constante por desear la muerte del otro. La faltante perpetúa. Lo sé pero desearía no saberlo. Pervertida.

Día cuarenta y siete.

Me gusta drogarme
Me gusta coger hasta sentir que voy a morir de asfixia
Me gusta que me muerdan
Me gusta que me la chupen todo el tiempo que sea posible
Me gusta levantarme en la mañana y encontrarme con un cuerpo desnudo
Me gusta sentirme caliente
Me gusta seducir
Me gusta saber que le atraigo a alguien
Me gusta besar
Me gusta tocar
Sí, me gusta que una mina me coja con un dildo
Sí, me gusta penetrar con mi mano a otra mujer hasta verla acabar
Sí, ya hice un trío y no me atraen las orgías
Sí, me gusta chupar una pija y que acaben en mi boca

Sí, me gusta coger en cuatro patas cual animal
Sí, me gusta que me tiren del pelo y no me dejen respirar
Me gusta que me traten bien. Sé quién soy y qué implica lo que elijo, incluso lo sé cuando no me escucho y trato de creer mis mentiras. Quiero ser feliz, no quiero ser propiedad de nadie, no quiero depender de nadie, no quiero ser una cosa. Detesto la mentira y me aburre aquello que no implica adrenalina.
Sí, a veces pienso que le pagaría a alguien para que me coja.
Sí, pienso cosas horribles de mis amigos y a los dos segundos me doy cuenta que no sería nada sin ellos.
Sí, quiero mucho a mi familia y agradezco lo que ha hecho por mí pero también la odio porque en algunas cosas ha traumado mi existencia.

Sí, me molestan las personas, me dan miedo, tengo pensamientos horribles y hermosos en un mismo día y con una misma persona. Estoy viva.

Día cuarenta y ocho.

Se inaugura el diluvio. La escena ha comenzado. El personaje se enamora. Quisiera saber qué pasa cuando una se enamora. Hace dos semanas que no dejo de pensar en un beso. ¿Eso es amor? Quisiera saber qué hago. He ahí un delirio. La clave para pensar el presente es creer que tengo que luchar por un amor, aunque sea imposible, aunque realmente no me interese. Me estoy enamorando de mi vida, de mi beso, eso sí es posible.

Día cuarenta y nueve.

Quién sabe cuántas palabras faltan para habilitar un diálogo. Quién sabe cuántos amantes besaría para encontrarte en un beso. La punta de mis dedos se desdobla imaginando las esquinas de tu cuerpo. Necesito volver a sentir tu respiración. Boca cerca, risas, beso. La paciencia suplica piedad. La adrenalina quiere fugarse de las venas. Se expanden las manos. El roce sofoca. Me pierdo en un instante de tranquilidad y goce. Confirmo: necesito tenerte cerca.

Día cincuenta.

Que la mirada no evoque dulzura y no haya ternura en tu cama. Que me disfrace de zorra y lo puedas creer. Otra forma de asegurarme que la histeria es un juego perverso. Comenzar a conocer otro cuerpo es como sentirse nuevamente despierta. En la mañana sólo será una ausencia. El vacío de la piel sin nada por conquistar no seduce. Hubiera sido lindo despertarme contigo, pero quizá lo mejor es que desaparezcas.

Día cincuenta y uno.

Me enamoré de un anciano de cabello rubio. Salí a visitar las divas de mi infancia y me perdí entre laberintos de papel crepé y flores de goma. Me gustaría que estuvieras al lado mío esta noche. Tengo tanto que contarte y sin embargo me contentaría con sólo poder mirarte a los ojos unos segundos. Odio las fotografías. No quiero que nadie pueda verme como una imagen cuando ya no exista. Nunca fui una imagen, siempre me preocupé por ser bastante más que eso, espero no ser solamente un imagen en tu recuerdo.

Día cincuenta y dos.

Vuelvo de una fiesta, me encuentro en un taxi pensando en qué estarás haciendo y por qué no estoy yendo a compartir mi cama contigo. Me detengo dos segundos a evaluar por qué estaba tratando de recordar tu voz y es porque casi no hablamos, cuando lo hacemos siempre hay otras personas. Pensé en qué clase de amistad o compañerismo se construye así, pensé en qué lugar estoy teniendo en tu vida y cuál no me gustaría tener. Pensé en que quiero que estés al lado mío.

Día cincuenta y tres.

El disfrute del viaje en la noche no es comparable a nada. Estar en movimiento, sentirse recorriendo otras formas, el miedo a anhelar vivir en otro lugar, el disfrute de ser extranjera y la constante nostalgia. Quiero viajar. Hace un mes recordé mi sueño de estudiar en París y vivir lejos por un buen tiempo.

Cincuenta y cuatro.

Una persona que abandona un barco en el instante en que se da cuenta que no sabe hacia dónde va, ha perdido toda posibilidad de fuga. Deshabilita toda posibilidad de encuentro. Se rodea de duda por un pasado que jamás le permitirá disfrutar su presente y menos hacerse cargo de su futuro. Se ata al desgaste cotidiano del sin sentido.

Cincuenta y cinco.

Quién sabe por qué luego de gritar y llorar sigo pensando en lo mismo. Y me duele la ausencia en los huesos y me lastima la carne cada vez que pienso en recorrer otro cuerpo. De las veces en que extraño la ilusión y cómo era contigo y si no era contigo y la angustia y saber y el delirio y decirme prisionera de algo que no sé qué es pero aún duele en el cuerpo. Y te quiero en las mañanas y trato de olvidarte todo el día y te busco en todas bocas que beso cada vez que intento sacarte de aquí. De mi mente endemoniada y la perversión de un cuerpo que me es extraño, de una soledad devenida amiga y angustiante compañera. De sentir que nunca voy a volver a coger y ni voy a sentirme tan feliz, ni volver a decirle te amo a otra persona cuando me ayude a morir. De las lágrimas que no cesan. Y todas las veces que te golpearía hasta que te

descubras que mis manos gritan para que vengas a tomarlas y que no puedo tocar a nadie sin pensarte. Que mi cuerpo parece muerto y que no puedo y que no puedo y te extraño y me muero y no sé qué es el amor. Perdone señor pero jamás me negué a pensar que la gente se muere de amor. Heme aquí, debilitando mi cuerpo cada vez que te pienso.

Cincuenta y seis.

Después de dos meses de estabilidad vuelve el movimiento. Quién sabe cuántos mundos abrirá esta nueva etapa de mi vida. Dedicarme a tratar de hacerme cargo de aquello que me gusta y hacerlo de la mejor manera que pueda. Decidir por una vez que no quiero depender de que otro me habilite para creer en mí. Tengo trabajo, soy militante y tengo compromisos de los que me hago cargo desde que elijo todos los días levantarme pensando en que en algún punto puedo aportar algo para que las cosas cambien para cualquier cuerpo que esté soportando lo que tuvo que bancar este. A veces pienso que necesito verte y decirte que te odio y todo el daño que me hiciste. Otras veces creo que está bien que te diga lo que pienso de ti pues quizá reflexiones y por lo menos problematices algunas cosas. También creo que tengo nece-

sidad de decírtelo para sacármelo de encima, purgarlo y seguir. Otro cuerpo recorre la piel, otros besos hicieron desbordar de temor, otra ternura había conquistado. Estoy viva, lastimada, muy castigada, pero sumamente viva.

Día cincuenta y siete.

Hay personas de mierda. Hay personas que siempre se equivocan, no importa cuántos errores cometan y cuánto perdón pidan, eligen olvidar el significante de la palabra aprender, sistematizan su desconsideración hacia los demás. Hay personas extremadamente mezquinas. Hay personas que utilizan cada recuerdo, cada palabra, cada gesto como base de información de la que extraen el punto endeble de los demás para luego poder hacerlos mierda. Hay personas que usan a otras cual objeto intercambiable, carente de deseo al momento que es obtenido que, en última instancia, nunca satisfizo demasiado. Hay personas que sienten que los otros son un peso que los hunde y la mejor manera de actuar frente a ello es usar, dañar y huir. Hay personas que no quieren ser responsables de nada ni de nadie. No quieren apegarse. Hay

personas que siempre se sienten invadidas y son sorprendentemente crueles e irascibles. Hay personas que creen que los otros son estúpidos y les da placer llevarlos al límite. Hay personas que no eligen a nadie, porque no saben querer a nadie. Algún día lloran, bajan la mirada y se dan cuenta que deberían pedir ayuda para cambiar, pero no lo harán. Una a veces se levanta con un buen día y les dice: hola, irracionalmente creo que podes cambiar pero, de todas maneras, ya no cuentes conmigo, que tengas buena vida.

Día cincuenta y ocho.

Hoy comencé a leer las notas que escribiste, agradezco tu lectura y reflexión. Parece que estuvieras cerca a través de tus letras. Me escribiste como si nada hubiera pasado. Muerdo mis manos para no responderte. Cuidate y creé en vos, es lo único que puedo decirte, es lo único que aprendí a hacer, tenés razones suficientes para hacerlo. Adiós.

Día cincuenta y nueve.

Tirar las cenizas al río. El dolor que nunca se va, uno se acostumbra a vivir con las ausencias, con la falta de los seres que quiso y no están. No deja de doler. Uno se acostumbra o hace cosas para recordar cada vez menos. Tiré las cenizas y duele. Trato de creer que es la forma de soltar a mis muertos. Sin embargo, nada hace que los extrañe menos.

Día sesenta.

Susanita, Quino.
Susan Sontang.
Susana, Evangelio de Lucas.
Susana, Ricky Martin.
Susan George.
Susan, Narnia.
Santa Susana de Roma.
Susana, Luis Buñuel.
Susan Sarandon.
Susana, Roberto Arlt.
Duelo en sincretismo.



Ediciones La Parte ***Maldita***

> www.edlapartemaldita.com.ar <

> edlapartemaldita@gmail.com <

> twitter.com/lapartemaldita <

> facebook.com/edlapartemaldita <

Esta edición se terminó de imprimir en el mes de octubre
de 2013, en los talleres gráficos de Tecnooffset, Araujo 3293,
Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.